

LA PRESENCIA SOCIAL DE LA MUERTE

Francesc Núñez Monteo
Universitat Oberta de Catalunya
fnunez@uoc.edu

Resumen: Este artículo quiere proponer e incitar a una reflexión socio-filosófica y crítica acerca de la muerte. Con este objetivo, explicitaremos algunas de las características más relevantes de la percepción social de la muerte en las sociedades europeas contemporáneas. Desde finales de los años setenta hasta bien entrados los ochenta la escasa literatura sobre el tema se dedicó a poner de relieve el proceso de desaparición de la muerte de la esfera pública y comunitaria, consecuencia de la progresiva racionalización (económica) de la vida social. A partir de los años noventa, llega a nuestras librerías abundante literatura sobre el tema, especialmente en las secciones dedicadas a la «autoayuda», muestra de una renovada preocupación por la muerte. Este aparente nuevo interés por la muerte pone de relieve la tensión entre determinados procesos sociales y la necesidad del individuo de dar sentido a lo que aparentemente se presenta como el final de una vida humana.

Palabras clave: Muerte, vejez, medicalización, muerte digna.

Abstract: This paper aims to propose and encourage critical and sociological and philosophical thought on death. For this purpose, we will clearly state some of the more relevant traits of the social perception of death in European contemporary societies. From the end of the sixties to the eighties, the scarce literature on the subject centered on the disappearance of death from the public and communitarian spheres mainly as a consequence of progressive (economic) rationalization of social life. From the nineties on, many books on the topic have reached our bookshops, especially the self-help sections, as an example of a renewed concern about death. Apparently, the new interest on death reveals the tension between social processes and the need of individuals to give some meaning to what is presented as the end of a human life.

Keywords: Death, old age, medicalization, dignified death.

Introducción

En nuestras sociedades europeas, la muerte ha sido socialmente escondida. Morimos recluidos en centros especializados bajo vigilancia tecnológica. La muerte se nos presenta casi exclusivamente como una cifra estadística o una espectacular noticia en los medios de comunicación. En contrapartida, proliferan el número de productos de todo tipo que prometen detener el proceso de «oxidación» y alargar la vida.

No obstante, el número de investigaciones y publicaciones que tienen por objeto la muerte ha aumentado considerablemente en los últimos años¹. Una paradoja más de los tiempos modernos: al desvanecimiento se sobrepone la necesidad de un discurso que dé sentido y perspectiva a la muerte. Necesitamos atrapar una realidad siempre polimorfa y cambiante, por más que ineludible.

En este artículo proponemos –a partir de un significativo conjunto de estudios sociológicos sobre el tema- una breve reflexión sobre la muerte que no pretende, ni puede, actuar sobre esta realidad social. Nuestro objetivo es sumar un esfuerzo más en la comprensión del mundo en que vivimos. Un intento por ver las relaciones entre las transformaciones más impersonales y las dimensiones más íntimas de los seres humanos. En clave sociofenomenológica: se trata de apuntar algunos de los efectos que tienen en la consciencia las transformaciones del mundo social. Por más tópico que nos pueda parecer, los problemas que la filosofía debería plantearse son los problemas relacionados con la condición humana, problemas que se viven, cada vez más, de forma individual, pero que tienen un origen social y deben ser traducidos a problemas colectivos.

El sentido de la muerte

Empezaré con una afirmación arriesgada y que puede resultar disparatada: la muerte no existe. Seguramente, tal afirmación produce una sonrisa –cuando no indignación– a quien sabe, y todos sabemos, que la muerte es el horizonte de toda vida humana. Con esta afirmación, pues, no se quiere negar ni la finitud –la conciencia de quien no está en el mundo como una gota de agua dentro del agua (Bataille, 1981)–, ni la existencia del cadáver –que pone de relieve el fin de una vida humana (Elias, 1987). La conciencia de la muerte, el traumatismo que el acontecimiento provoca y la creencia en algún tipo de inmortalidad parecen ser constantes antropológicas (Morin, 1994).

Tampoco pretendemos afirmar, como ha hecho la escuela psicoanalítica, que la propia muerte es inimaginable, que, en el fondo, nadie cree en la propia muerte, y que, en nuestro inconsciente, todos estamos convencidos de la inmortalidad. La muerte, ciertamente, no es un hecho experienciable, no podemos experimentar la propia muerte, lo que no quiere decir que no se tenga experiencia de la muerte, pues casi todo el mundo se sitúa alguna vez ante el cuerpo inerte de un ser querido.

Con la afirmación de la «inexistencia de la muerte», lo único que proponemos es acercarnos al tema de la muerte desde una perspectiva sociológica y con una reflexión filosófica. La muerte como un poderoso concepto-símbolo, una imagen social que el ser humano crea y recrea para hacer frente a la finitud. Pensar la muerte, imaginarle un rostro, otorgarle una forma y un sentido, forma parte de las prácticas de dominación de la contingencia (Duch, 1997: 161). En

¹ Un indicador de ello son algunos de los títulos publicados el 2007 que podemos encontrar en las librerías: *Antropología de la muerte* (de M. Fernández del Riesgo); *El duelo y la muerte. El tratamiento de la pérdida* (de L. Nomen); *La mala muerte* (de F. Royela); *La muerte derrotada. Antropología de la muerte y el duelo* (de A. Ma. di Nola); *La muerte digna* (de varios autores).

este sentido la muerte no es una realidad objetiva de la que podamos obtener un conocimiento. Nos enfrentamos siempre, más allá del cadáver, a un constructo social para dar razón y llenar de sentido la finitud.

Ciertamente, poco podremos saber sobre qué es la propia muerte. Ya Epicuro en su *Carta a Meneceno* nos «consolaba» diciéndonos que esta es la única experiencia que nunca podremos tener. Sin embargo, esto no impide que, como dice Ll. Aracil (1994), la muerte humana, como la vida, es personal, lo que quiere decir que somos personas en tanto que somos miembros de una comunidad, que siente la muerte de sus miembros y se afirma como tal en el duelo. «La muerte de una persona querida produce una desolación que puede (y debe) ser reveladora. No sólo es el aviso más directo de nuestra muerte, sino la manera más íntima e intensa de sentir dentro de nosotros la comunidad humana» (Aracil, 1994).

Aracil sitúa la muerte en el eje central del ser humano como ser social. Nos hacemos personas incorporándonos a la humanidad, es decir, entrando en una cultura particular y haciéndola nuestra. El ser humano dentro del mundo, la sociedad dentro del ser humano (Berger, 1975). Por más que de este modo el mundo se nos presente, en su cotidianidad, como un hecho natural e incuestionable, y la muerte –las formas en como morimos– como parte de este mundo natural, conviene pensar, de vez en cuando, en la muerte, antes de afrontar la propia y la manera en como morimos. Solo así podremos contribuir a morir con dignidad, como hace Guerasin, el criado de Ivan Illich, en la obra de L. Tolstoi *La muerte de Ivan Illich*. Si no nos alejamos demasiado del pensamiento de la propia muerte, si no olvidamos que *memento mori* y si consideramos que no es natural cualquier modo de morir, nos será más fácil afrontar aquellas circunstancias en las que la muerte se hace presente o se supone cercana.

La manera como nos representamos la muerte –o la ignoramos–, y también la forma en como la experimentamos –o la tapamos– nos dice mucho de nuestro mundo. La muerte como una metáfora de lo social. El ser humano es un animal simbólico que, a diferencia de los otros animales que poseen un acabado y sofisticado sistema instintivo para orientarse en el mundo, necesita de este tipo de construcciones sociales, de las cuales el lenguaje es la más significativa, para dar sentido y dirección a la existencia. También, claro está, a la propia muerte. Por tanto, si nacemos individuos de la especie –y todo individuo humano forma parte de la humanidad– nos hacemos personas, es decir, adquirimos nuestra personalidad específica –y también nuestra singularidad–, incorporándonos en el mundo, en «nuestro» mundo social. Del mismo modo, la muerte, e, insisto, las formas y las circunstancias en como morimos, no es tan solo un hecho biológico, sino también, y sobre todo, un hecho social.

En el origen de la sociología, y en el centro de su atención, están los cambios introducidos en la vida social y en las conciencias por el proceso que llamamos de modernización. Cada vez somos más conscientes de la magnitud de estos cambios que para nada han dejado intacta la concepción de la muerte y las actitudes ante ella.

Posiblemente uno de los efectos más sutiles, pero también más profundos, de la modernidad haya sido la desestructuración simbólica del ser humano y de la vida social como resultado de la preponderancia de la lógica económico-racional en la configuración de las relaciones humanas. La corrosión del cosmos sagrado (Berger, 1999), la disolución de algunas de

las instituciones más sólidas (Bauman, 2004), el individualismo institucionalizado (Beck y Beck-Gernsheim, 2003) y, en definitiva, la sociedad del hiperconsumo (Lipovetsky, 2007) son algunas de las consecuencias que se desprenden.

La muerte y la vejez no han escapado a esta lógica de la «rendibilidad», del cálculo y del interés personal. El mismo afán por saber sobre estos temas revela una voluntad, bien moderna, de control, de objetivación y, en última instancia, un proceso de reificación. La muerte como algo ajeno, no personal. Esta situación, cuando no hay que hacer frente a la muerte propia o de un ser querido –y aún en esas circunstancias–, nos lleva a olvidar que la vejez y la muerte son dos momentos de la vida que hay que integrar y asumir y no apartar o aislar como si fuesen algo, vejez y muerte, que reducen la vida al absurdo.

Si en el mundo clásico recordar que «somos mortales» permitía escapar de la vanidad, en el mundo moderno la vanidad nos hace creer omnipotentes y nos aparta del pensamiento de la muerte. Nadie ignora, claro está, que es mortal, pero la finitud es acompañada por el miedo a la muerte y a la vejez y este no es, de ningún modo, un sentimiento positivo. Antes bien, es un pensamiento y un sentir que se evita, porque nos hace sentir mal. Seguramente, este olvido voluntario, este mirar hacia otro lado, tiene mucho que ver con la pérdida del sentido de la muerte en el mundo moderno y la falta de una teodicea. Si la teodicea ofrecía un orden, un pacto social ante la muerte (Berger, 1999: 126), el hombre moderno busca, individualmente, la felicidad (por más que resulte paradójica (Lipovetsky, 2007)). El sentido y el valor de la muerte se convierten también, en el mejor de los casos, en un asunto privado.

Morir hoy o la muerte frustrada

Se habla mucho del individualismo, para alabarlo o vituperarlo, como una de las características definitorias de la civilización occidental. Forjar a los miembros de la sociedad como individuos es la marca registrada de la sociedad moderna (Bauman). Este proceso continuado de individualización, en el que el Prometeo moderno es autor y protagonista de su vida, ha aportado a la muerte nuevos significados. Apuntaré, desde la perspectiva que estamos proponiendo, alguna de las «nuevas» dimensiones de la muerte en los tiempos modernos.

En los controvertidos trabajos de Ph. Ariès (1982) sobre la muerte en Occidente se destacan tres direcciones de cambio esenciales²: a) la ruptura de la vieja solidaridad entre los vivos y los muertos y la construcción del universo de los muertos (cementeros) como universo separado y de los muertos como objeto de culto; b) el paso de la muerte como fenómeno individual en el que se culmina la biografía del individuo, momento solemne y vivido con dignidad, a la muerte como drama familiar en el que el moribundo ocupa un segundo lugar en relación al traumatismo afectivo provocado en los sobrevivientes; y c) el paso de la muerte reconocida,

² Ph. Ariès, en relación a su indagación sobre la muerte en Occidente, ha sido acusado de obviar las diferencias sociales en las diferentes formas de definición y tratamiento de la muerte, por su aparente indiferencia hacia los factores económicos y religiosos y por estudiar la muerte sin atender a la vejez.

aceptada, puesta en escena, a la muerte rápida, vergonzosa, disimulada, en la que el moribundo es desposeído de su muerte y la familia abandonada a su duelo solitario.

Para el denominado *homo economicus*, para quien el control y la rentabilidad son capitales, la muerte, como la vejez, la enfermedad o el dolor, son vividos como un fallo que hay que enmendar y que el dominio técnico (la Ciencia) permite ir enmendando y corrigiendo. Constantemente aumenta la variedad de productos, tratamientos y terapias de todo tipo que prometen alejarnos y eliminar estas deficiencias de la vida. La percepción de la muerte y la vejez como un «defecto que hay que solucionar», como una condición socialmente vergonzosa (por fracasada) planea sobre el espíritu moderno.

Como está pasando con la pobreza, también escondemos la muerte, como todo lo que es socialmente vergonzoso y de lo cual el individuo acaba por sentirse de algún modo culpable. La muerte desaparece de la escena pública o, como mínimo, se trivializa. El moribundo, como ser social, es un proscrito y su muerte tiene lugar en solitario, en «aislamiento tecnológico», lejos del entorno cotidiano de su vida. Situación que muchas veces comporta la falta más elemental de dignidad y de los derechos para decidir sobre la propia muerte (Nuland, 1995).

En el torbellino de un amplio proceso que muchos autores han denominado medicalización de la sociedad, la muerte se ha convertido en un problema que hay que gestionar con eficacia. Las sociedades opulentas disponen de equipos de profesionales que se encargan de llevar proceso a buen término. En aparente contradicción con el proceso de individualización —una paradoja más— uno de los efectos de la medicalización de la enfermedad y de la muerte ha sido la incapacitación de los individuos y de los colectivos sociales para hacer frente a estas realidades. La Realidad y los saberes que la representan se han colado en la supuesta vida privada de los individuos haciéndolos dependientes, contrariamente a la libertad prometida, como mínimo, en el reducto de lo cotidiano.

Microfísica del poder (M. Foucault), visión de ingeniero (P. Berger), némesis médica (I. Illich) son diferentes maneras, desde ópticas bien distintas, de apuntar algunos de los efectos no previstos, no deseados, de la invasión de la Realidad (en mayúsculas) en el ámbito de las relaciones humanas. Los conceptos científicos y estándares que son aplicados a las diferentes situaciones de la vida, la mediación tecnológica y los saberes y decisiones que encarna, devienen clichés, recetas de conocimiento, criterios de conducta y estilos de vida que se nos imponen. Subjetividad y experiencia se tiñen de estos procesos y buena parte de las relaciones humanas, de las circunstancias vitales, adquieren la pátina de la abstracción: «buena muerte», «buena vejez», «buenas relaciones», «mal matrimonio», «buena elección de pareja», «mala educación de los hijos», etc. De este modo, acaban siendo los «expertos» —y los artefactos tecnológicos son uno de sus representantes— los que dictan la bondad o maldad de las relaciones, de nuestra relación con el propio cuerpo, de nuestros hábitos de vida, de conducir nuestra vejez o de preparar nuestra muerte.

Tomando una metáfora muy sugerente de R. Sennett (1978) podríamos decir que en las sociedades de capitalismo avanzado los individuos han dejado de saber jugar o, como mínimo, han perdido las energías con las que el juego (infantil) dota a los individuos, perpetuadas y enriquecidas como ritual en la mayoría de las sociedades no modernas. Jugar permite superar el temor a la

frustración y al fracaso por el deseo de correr riesgos. El niño, cuando juega, está absorto en la situación y las reglas del juego son una realidad incuestionable. Sin embargo, no duda, si es necesario, que existe la posibilidad de reunirse con los otros niños para considerar la manera de cambiar las reglas del juego con tal de igualar, en determinadas situaciones, las oportunidades de ganar. Jugar, en este sentido, exige cierta libertad respecto del yo, de distanciamiento de la propia subjetividad. Para ello hay que suponer que las reglas pueden cambiarse y se puede establecer la ficción de la igualdad inicial entre los jugadores.

Nuestras sociedades desencantadas han socavado muchas de nuestras energías lúdicas, han sustituido la vida como aventura por la economía de la realidad. No obstante, hay indicios que nos pueden hacer pensar que la «jaula de hierro» no es un parque temático sin límites y que el culto a la mercancía efímera también está acompañado por la preocupación por el futuro, las demandas de trascendencia o el anhelo de un mundo y una vida mejor.

Conclusión

Podríamos pensar, como hacen los Yaqui de México, que la muerte la llevamos escondida detrás del hombro izquierdo desde el momento en que nacemos y que en cualquier momento nos puede «tocar». Pero en nuestras sociedades modernas no parece que nadie esté muy dispuesto a aceptar algo que, por más que evidente, nos esforzamos en ignorar.

Tal vez, entre la ignorancia y la obsesión, entre la trivialización y la trascendencia, podamos buscar un punto intermedio en el que la muerte, como dice N. Elias (1987), no tenga nada de terrible, no esconda ningún misterio y no abra ninguna puerta; tal vez tan solo sea el fin de un ser humano. Si pretendemos la inmortalidad, baste pensar que aquello que sobrevivirá de cada uno es lo que haya conseguido dar de sí mismo a los demás, aquello que quede en la memoria de los otros.

Tengamos presente que el ser humano es el único capaz de convertir la muerte en culminación de la vida. Pero no es menos cierto que esta potencialidad no se desarrolla necesariamente, no siempre es actualizada. Aquí es donde una reflexión profunda y seria por parte de los profesionales que están más familiarizados con el tema puede ayudar a desentramar las condiciones vitales y sociales que abren o cierran puertas a nuestra humana condición.

Referencias bibliográficas

- Aracil, Lluís V. (1994), «La muerte humana: Consideraciones teóricas & indicaciones bibliográficas», Seminari de Morella, 18-23 de julio de 1994.
- Ariès, Ph. (1982), *La muerte en occidente*, Barcelona, Argos Vergara, S.A.
- Bataille, G. (1981), *Teoría de la religión*, Madrid, Taurus.
- Bauman, Z. (2004), *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, FCE.
- Beauvoir, S. de (1989), *La vejez*, Barcelona, Edhasa.
- Beck, U., Beck-Gernsheim, E. (2004), *La individualización*, Barcelona, Paidós.
- Berger, P. (1963), *Invitation to sociology: A humanistic perspective*, New York, Coubleday & Company, Inc.
- (1979), Berger, B. y Kellner, H., *Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia*, Santander, Sal Térrea.
- (1999), *El dosel sagrado*, Barcelona: Kairós.
- Casado, M., Sarribe, G. (Editoras) (1995), *La mort en les Ciències Socials*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- De la Gándara Martín, J. (1995), *Envejecer en soledad*, Madrid, Editorial Popular.
- Duch, Ll. (1997), *Antropología de la religión*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Elias, N. (1987), *La soledad de los moribundos*, Madrid, F.C.E.
- (1989), *Sobre el tiempo*, Madrid, F.C.E.
- Fernández del Riesgo, M. (2007), *Antropología de la muerte*, Madrid, Síntesis.
- Freud, S. (1985), «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte», en Freud, S. *El malestar de la cultura*, Madrid, Alianza, pp. 96-123.
- Kübler-Ross, E. (1994), *Sobre la muerte y los moribundos*, Barcelona, Grijalbo.
- Lipovetski, G. (2007), *La felicidad paradójica*, Barcelona, Anagrama.
- López Aranguren, J. L. (1992), *La vejez como autorrealización personal y social*, Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Morin, E. (1994), *El hombre y la muerte*, Barcelona: Kairós.
- Nola, A. Ma. di (2007), *La muerte derrotada. Antropología de la muerte y el duelo*, Madrid, Belacqva.
- Nomen, L. (2007), *El duelo y la muerte. El tratamiento de la pérdida*, Madrid, Pirámide.
- Nuland, Sh. B. (1995), *Cómo morimos*, Madrid, Alianza.
- Pérez, E. (Ed.) (2007), *La muerte digna*, La Coruña, Ediciones Espiral Mayor.
- Royela, F. (2007), *La mala muerte*, Madrid, Alfaguara.
- Sennett, R. (1978), *La caída del hombre público*, Barcelona, Península.
- Thomas, L-V. (1991), *La muerte*, Barcelona, Paidós.
- Tolstoi, L. (1994), *La muerte de Ivan Illich*, Madrid, Escuela de Letras.